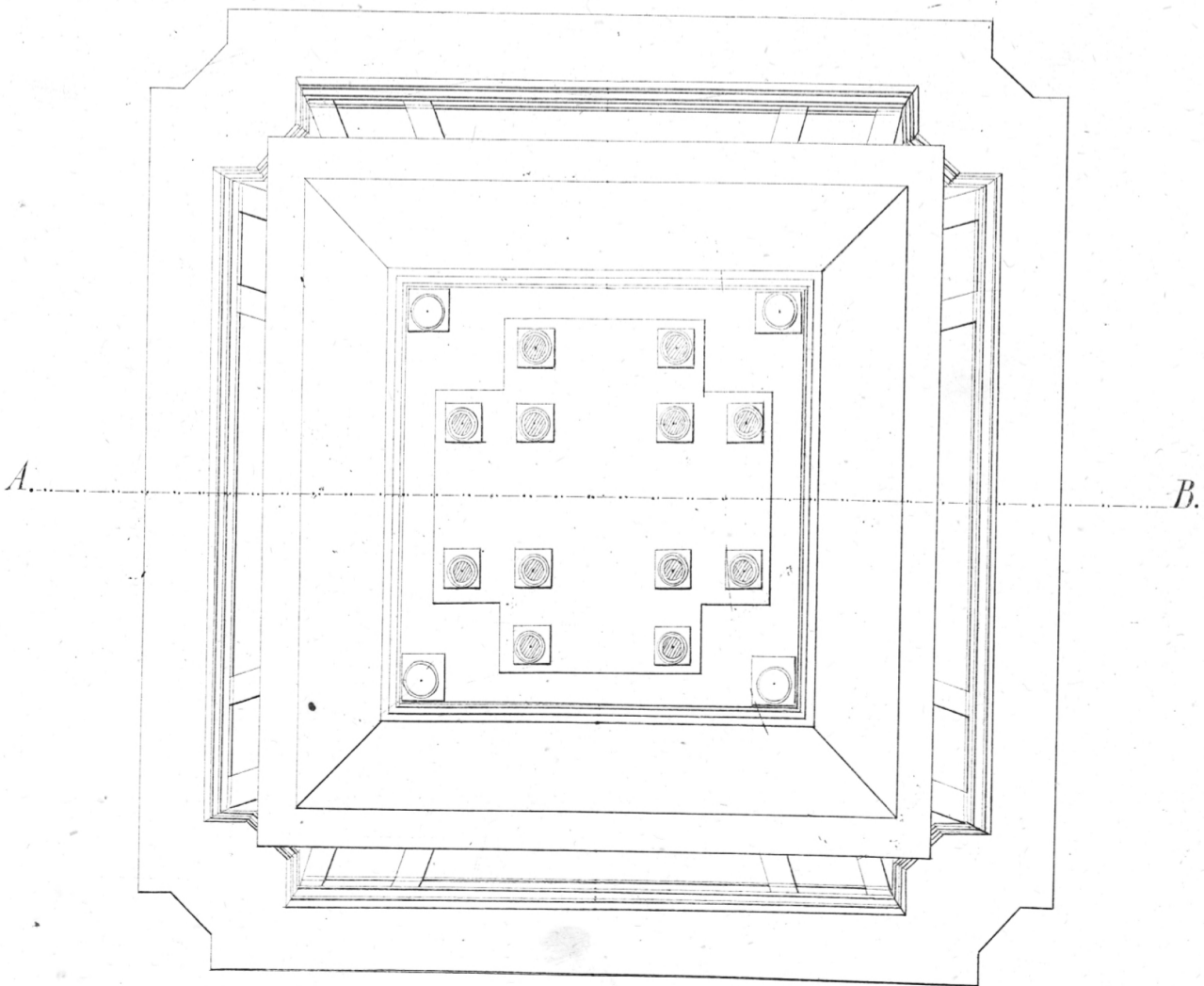
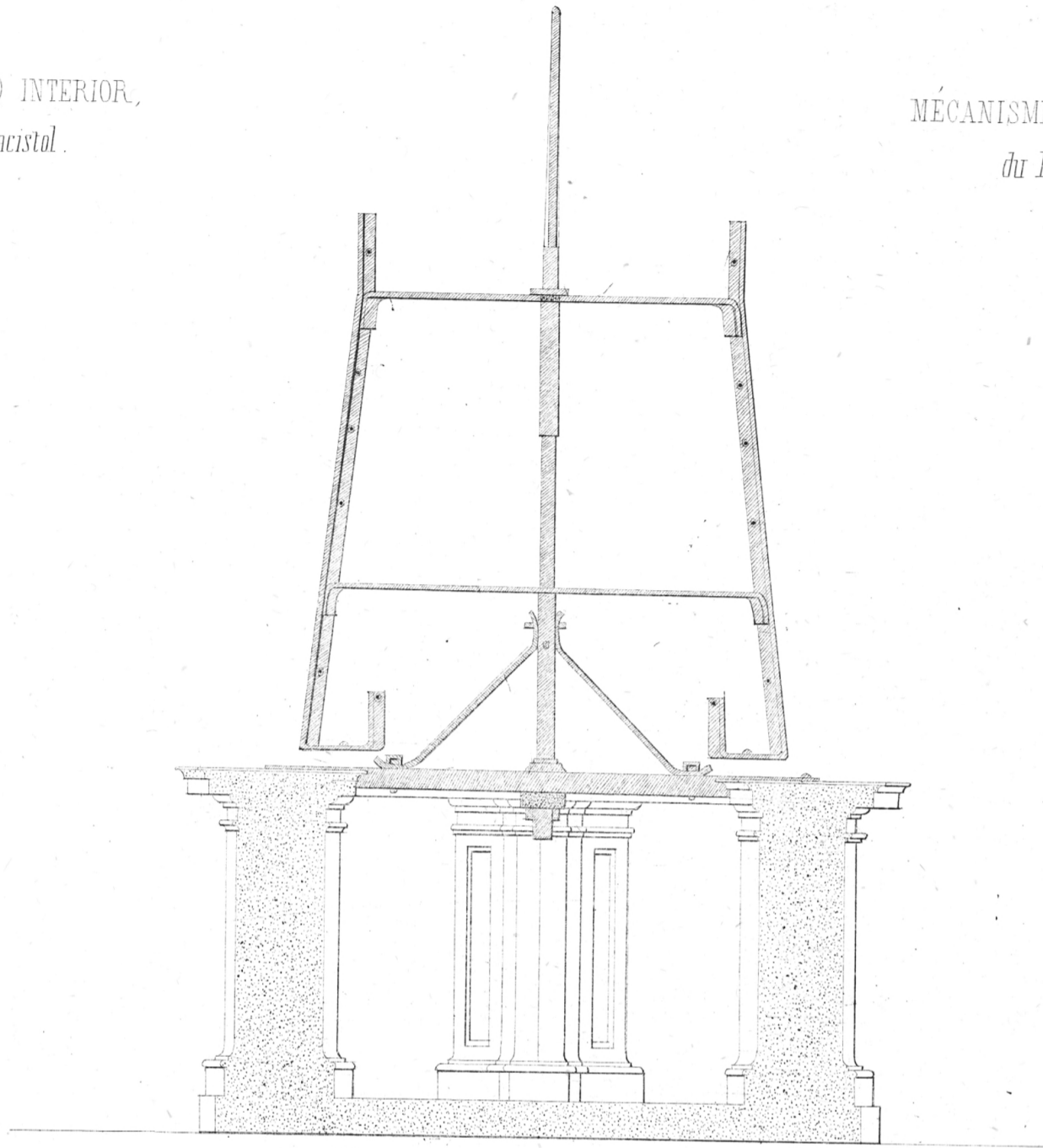


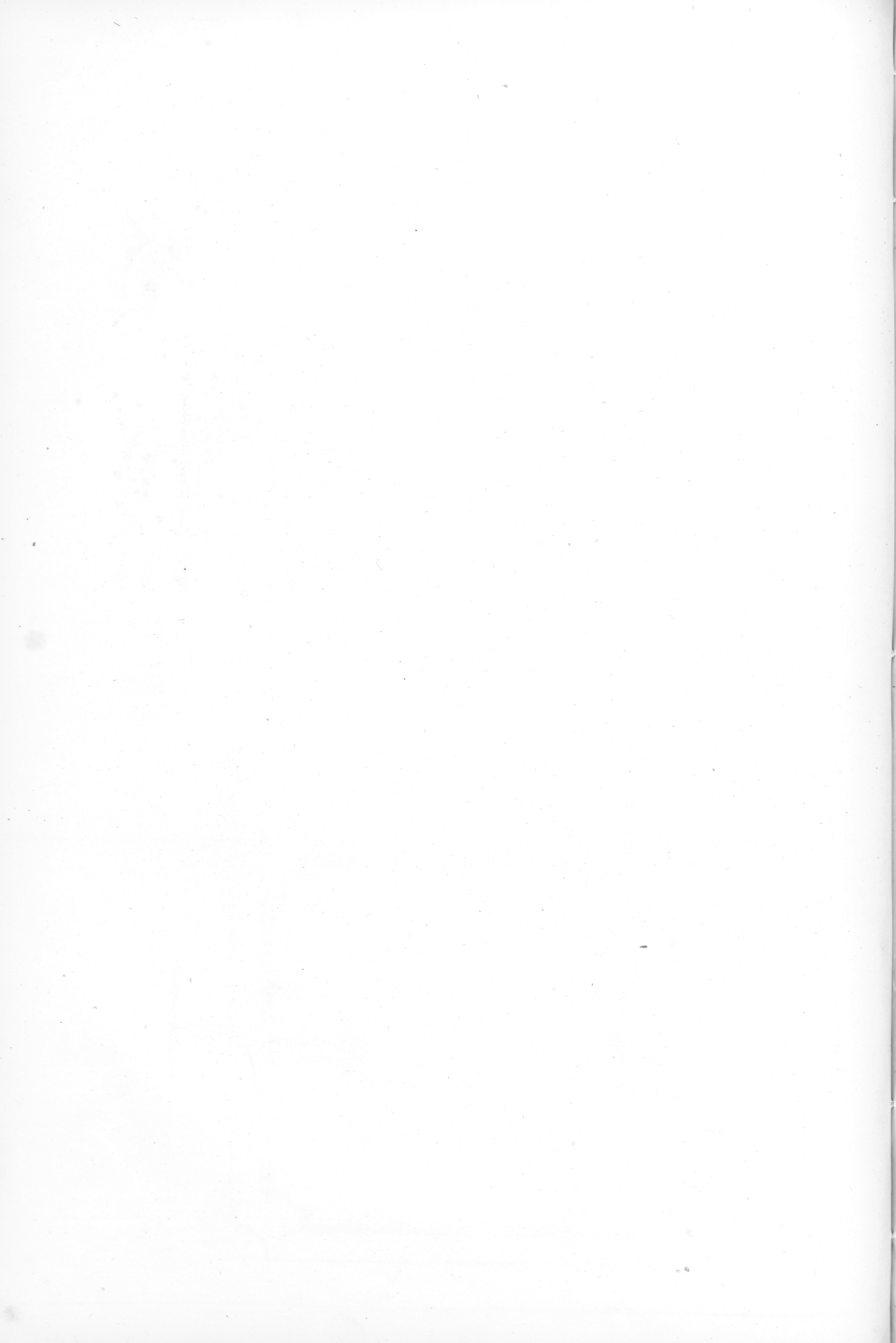


Nº 106.

MECANISMO INTERIOR,  
*del Facistol.*

MÉCANISME INTÉRIEUR,  
*du Lutrin.*





ñas, todo el valor y constancia, todas las calamidades, todas las artes, y en una palabra, el porfiado ataque y la obstinada cuanto heroica defensa de esta plaza. Tan recio era el encarnizamiento con que se peleaba, dice un

historiador, que no se perdonaba á nadie la vida, y á todo el que se cojia de una parte ó de otra no se tardaba en ahorcarle sino el tiempo necesario para cerciorarse de que era enemigo, lo que equivale á decir que se le colgaba en el acto. De esta ferocidad dieron los sitiados el primer ejemplo. Repetidas veces colgaron de las almenas los cadáveres

de los españoles, insultando al propio tiempo á los del campo con palabras provocativas. Los españoles por su parte arrojaban dentro de los muros cabezas cortadas con carteles por este estilo: *Cabeza de Filipo Coninx, que vino con dos mil hombres á libertar á Harlem; cabeza de Antonio Pictor, el que entregó la ciudad de Mons á los franceses.*

A cuyos actos contestaron los de dentro arrojando once cabezas al campamento español con un letrero que decia: *Los de Harlem envian diez cabezas, para que el Duque de Alba no haga la guerra con pretexto de que se niegan á pagar el diezmo; y para que vea que le pagamos con usura, le enviamos una mas.* Muchas veces ponian sobre los muros imágenes de santos para que recibieran las primeras balas de los españoles; y otras presentaban figuritas de sacerdotes y frailes, y hacian la ceremonia burlesca de azotarlos y cortarlos despues las cabezas. Las mugeres de Harlem formaban tambien su especie de escuadron de amazonas, y eran tan intrépidas que admiraban á los mismos españoles que las veian alternar con los hombres en las fatigas de la guerra.

La pérdida de dos famosos ingenieros del ejército real, la inutil repeticion de los asaltos que tantas víctimas costaban á los sitiadores, y los trabajos que estos sufrían en aquellas heladas lagunas, todo iba ya inclinándose á D. Fadrique á abandonar la empresa y replegarse á Brabante. Pero sabedor de esto el Duque de Alba, su padre, le envió á decir: *Que si alzaba el campo sin rendir la plaza no le tendria por hijo; que si moria en el asedio, él iria en persona á reemplazarle, aunque estaba enfermo y en cama; y que si faltaban los dos iria de España su madre, á hacer en la guerra lo que no habia tenido valor para hacer su hijo* (\*).

En ambos campos se hacia sentir el hambre, pero mas especialmente en la ciudad, donde se comian las cosas mas inmundas, hasta las suelas de los zapatos. Aquellas gentes sin embargo no se rendian, aun con ver acribilladas sus murallas con diez mil doscientas cincuenta balas de cañon. El 8 de julio (1573) á media noche hizo el príncipe de Orange un esfuerzo por socorrer á los sitiados, pero la mañana del 9 le atacó D. Fadrique y le derrotó completamente, matándole tres mil hombres, y cojiéndole toda la artillería y banderas y hasta trescientos carros de municiones. Con esto acabó de desaparecer toda esperanza para los sitiados, los cuales en su desesperacion, á pesar de ser pocos y de estar hambrientos y escuálidos, habiéndoles sido rechazada toda propuesta de capitulacion, todavía intentaron una salida, dejando en la ciudad las mugeres y los niños, sin mas objeto que el de morir matando. Pero las lágrimas y los abrazos de los hijos y de las madres pudieron tanto en los corazones de aquellos valerosos guerreros que habian despreciado tantas veces el fuego y el hierro enemigo, que no pudiendo resistir á la tentacion de la ternura volvieron atrás, y se rindieron al fin sin mas condicion que la generosidad ó la clemencia que quisiera tenerles el Rey (12 julio 1573).

Pero volvamos al Escorial, donde dejamos ocupado al gran monarca en clasificar los restos de sus antepasados.

Como uno de los principales motivos ú objetos del monasterio de San Lorenzo era erijir sepulcros donde reposasen las cenizas de los Reyes, despues de haberse trasladado los cuerpos ya dichos meditó Felipe II, en medio de sus muchos negocios, acerca del modo de trasladar los restos de sus augustos padres, hermanas y demás parientes, de una manera que correspondiese á la dignidad de aquellas cenizas. Con este objeto se ocupó en la redaccion del ceremonial, solemnidad y formalidades que debían observarse en dicha traslacion, tan detallado y especificado todo, que no parecia sino que durante mucho tiempo no habia pensado en otro objeto. Tanta exactitud y tal esmero en la redaccion de este documento no debe admirarnos, si recordamos el particular gusto de este monarca en manejar la pluma, y el excesivo cuidado que ponía en la observancia de la ortografía, criti-

(\*) Esta embajada la refiere el mismo que la llevó. (Mendoza, Comentarios, libro IX, páginas 191 y 192, edicion de Madrid.)